

## ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

## Hybris y misericordia en el salmo 50

Dra. M. Rosa Walker Cruchaga  
Máster en Educación para la Salud, USA  
Docente del Continuo Humanístico  
Profesor Auxiliar del Dpto de Medicina  
Pontificia Universidad Católica de Chile

La colección de 150 Salmos recogidos en el Salterio constituyen la muestra más completa de poesía lírica antigua del pueblo de Israel. Por esto y por su carácter de poesía inspirada, constituye la oración oficial de la Iglesia (oficio divino). En este trabajo se analiza el salmo 50, uno de los salmos de súplica individual atribuidos al rey David. Este poema destaca porque en él se trata el tema del pecado y la relación con un Dios percibido por el autor como misericordioso, lo que permite hacer comparaciones con otros textos de literatura antigua — en este caso, los griegos— en los cuales la relación del hombre con los dioses aparece con características muy diferentes.

Es uno de los pocos salmos que especifica en el subtítulo la circunstancia que lo originó. “Cuando el profeta Natán le visitó después que aquel se había unido a Betsabé”. Pertenece al grupo de salmos de la tradición Elohista (1). En el uso litúrgico de la Iglesia se considera un salmo penitencial (Miserere) y es uno de los más conocidos. Uno de los versos de este salmo se recita diariamente en toda la Iglesia en la oración de Laudes: “Abre Señor mis labios, y publicará mi boca tu alabanza”.

Si atendemos a la estructura, el salmo consta de 41 versos, agrupados en cuartetos (salvo el último). La mayoría son endecasílabos, pero varios de ellos varían entre 9 y 13 versos. Esta estructura formal puede haber facilitado su uso litúrgico. En el texto, el narrador se dirige a Dios de forma personal, en un tono de mucha proximidad, como acostumbrado a un trato cercano. Inicia el poema con una súplica de perdón, apelando al amor de Dios:

“Tenme piedad, oh Dios, según tu amor  
por tu inmensa ternura borra mi delito”.

Reconoce que ha pecado contra Dios: “Contra ti, contra ti sólo he pecado” pero también que solo Él es capaz de limpiarlo “lávame a fondo de mi culpa”. Intenta conmover a Dios haciéndole ver que él estaba inclinado al mal desde su nacimiento: “Pecador me concibió mi madre”. A Él le pide que le devuelva la alegría a través del perdón y de formar en Él una criatura nueva —“ crea en mí, oh Dios un corazón puro, renueva dentro de mí, un espíritu firme”— prometiéndole que, si esto se realiza, hablará de Él a los hombres:

“Enseñaré a los rebeldes tus caminos”. Después de volver a suplicar que lo libere de la sangre, dice: “Aclamaré mi lengua tu justicia”. Da por hecho que, más que los sacrificios, le agrada un “corazón contrito”, que Él no puede rechazar.

Comentaré a continuación algunas diferencias que llaman la atención al comparar la reacción del rey David con lo que se ha descrito en otros héroes griegos ante situaciones similares. En

este salmo, llama la atención que, aunque el autor se reconoce pecador, no acepta el castigo que se merece, sino que apela a la misericordia de Dios, dando por seguro que Él es capaz de borrar el pecado y devolverle la vida. La “justicia” divina de la cual está hablando, y que promete enseñar a los paganos, sería, por tanto, no el “justo castigo”, sino el perdón y la misericordia.

¿Y quién es este rey David? Tiene un perfil bastante similar a los héroes de los mitos griegos. Sabemos por otros textos de la Biblia (Libro Primero de Samuel) que fue un hombre lleno de cualidades personales, atractivo, astuto, inteligente y sabio, elegido por Dios para ser rey de Israel. De origen humilde, su padre Isaí ni siquiera lo consideró digno de elección cuando el profeta Samuel le pidió que le presentara a todos sus hijos para elegir entre ellos al futuro rey. Era el más pequeño, el que guardaba los rebaños. Progresivamente vamos viendo durante su vida un engrandecimiento de su fuerza. Fue capaz de matar al gigante Goliat con una simple honda, formó un ejército de guerreros para defender Israel de ataques de pueblos vecinos, se enfrentó al poderoso Saúl, y demostró su grandeza perdonándole la vida a su enemigo. Finalmente, aparece el hecho que motivó este salmo. Se enamora de Betsabé, una mujer casada y, para quedarse con ella, planea la muerte de su esposo Urías enviándolo al primer frente de batalla. Se había hecho culpable de asesinato. Dios envía al profeta Natán para delatarle su pecado. Él lo reconoce de inmediato, y se humilla ante Dios para pedir perdón. Este es el tema del salmo 50. Aparece aquí la humanidad del rey, que despliega gran intensidad tanto en su capacidad de hacer el bien como de ser violento al máximo grado.

Si suponemos que este salmo fue escrito alrededor del siglo IX a.C., coincidiría con la época de Homero en Grecia (civilización dórica), lo que hace interesante hacer ciertas comparaciones entre ambas culturas. Podemos considerar que David pecó de lo que los griegos llamaban “hybris” —un exceso— motivado en parte por este engrandecimiento progresivo de poder. ¿Cómo era la relación del hombre griego con sus dioses? ¿Y cuál era la reacción de los héroes griegos ante sus propios crímenes, esto es, su sentido de responsabilidad moral? En cuanto a la primera pregunta, los griegos tenían, igual que los israelitas, una relación muy estrecha con las figuras divinas. De hecho, se sentían inmersos en acontecimientos que interpretaban como determinados fundamentalmente por ellos (todo era “sagrado”). Hay ciertas constantes en los relatos de Ulises, Jasón, Teseo y tantos otros héroes, que dejan ver características de la relación que estos tenían con los dioses. En términos generales, acudían a ellos en todas las ocasiones significativas de la vida con una forma de trato bastante directa, aunque desde la postura de un inferior que poco poder tiene para modificar la voluntad divina. Pero los dioses griegos, muy numerosos, actuaban cada uno su “esencia”, e influían sobre la voluntad de los hombres para guiarlos cada uno en su dirección. Esto era origen de tremendas tensiones para el hombre, que se veía atrapado entre distintas voluntades, con un resultado que parecía cargado de arbitrariedad. Recordemos a Ulises, sobre el que influyeron las fuerzas contrarias de Atenea (que quería ayudarlo a retornar a Itaca) y Poseidón (que quería destruirlo para vengarse porque Ulises había dejado ciego a su hijo Polifemo). Esta relación ha sido descrita en términos del “hombre, juguete de los dioses”(2). Vemos aquí un primer elemento que llama la atención al comparar los poemas homéricos con lo descrito en el salmo 50. El rey David se dirige a un único Dios, en quien tiene “plena confianza”, dirigiéndole palabras que hablan de una relación basada en la verdad

y en la “ternura”. En los griegos, en cambio, se observa un pesimismo derivado de esta sensación de arbitrariedad del destino.

¿Y qué ocurre con el tema del pecado, la responsabilidad personal ante algún delito? Los griegos, por lo menos en los inicios de su civilización hasta ser esta bastante avanzada, no tuvieron sentido de responsabilidad moral individual. “Tú no eres causa de nada. Solo los dioses son causa de todo”, dice Príamo a Helena en ‘La Ilíada’. Más adelante, los griegos fueron desarrollando progresivamente un sentido de responsabilidad moral. Cuando pecaban de “hybris”, de orgullo, aceptaban que tenían que morir, y que era necesario padecer el castigo. Aparece la resignación. Este es, de hecho, el tema central de muchas de las tragedias. Charles Moeller en su libro Sabiduría griega y paradoja cristiana hace un análisis profundo del tema del “sentido de pecado” en la literatura antigua. El habla de una ambigüedad radical del sentido del pecado en los griegos: en sus crímenes hay algo irracional que no procede de ellos, sino de una fatalidad criminal. Sentían cierta culpa—en esto eran mejores que los dioses— pero la atribuían a la influencia del Error (Ate), la hija mayor de Zeus. Frente a estos poderes maléficos y a la sucesión de crímenes solo les quedaba salvaguardar la propia gloria, por ejemplo, a través de la muerte voluntaria para salvar a otros. Para el cristiano en cambio, según este autor “el destino está escrito en su corazón” en el sentido de su capacidad para hacer el mal. Esto lo vemos reflejado en el salmo, donde destaca la conciencia clarísima de David de haber sido él el autor del mal.

Según Moeller, la fe cristiana despierta en la conciencia un sentimiento más profundo de la culpa, revelando así abismos de orgullo y sufrimiento desconocidos para los griegos.

¿Y qué buscaban los griegos cuando se dirigían a sus dioses? Para los héroes griegos lo más importante era “alcanzar la gloria”, y pedían ayuda a los dioses para realizar hazañas con las cuales poder trascender a través de la memoria. Su relación con ellos se puede definir como de sumisión, por una parte, pero también como de interés. En este salmo se ve una petición más profunda. El rey pide a Dios ser convertido en un ser nuevo, renovado por dentro y con “sabiduría”. Pareciera ser que reconoce que el autor de la historia —y de la suya, en particular— es Dios. Y que es un autor bueno.

Para Charles Moeller, el cristianismo se apoya en la existencia real del hombre, y añade dos dimensiones nuevas que no están presentes en otras culturas: por arriba, la Gracia, por abajo, el pecado. En este breve análisis de comparación he querido destacar el elemento nuevo que aparece en el salmo 50: la percepción de un Dios de misericordia. Es posible que sea cierta aquella hipótesis que dice que “el sufrimiento solo lo confiesa el hombre ante aquel capaz de salvarle”. Esto también puede explicar en parte el pesimismo de los griegos. No solo estaban sometidos a fuerzas arbitrarias, sino que no podían comunicar algo que estaba en lo profundo de sus corazones por no tener el interlocutor adecuado.

La cultura helénica y hebrea son probablemente las dos herencias culturales más importantes que tenemos, y es de interés analizar la raíz de algunos elementos específicos.

Los griegos reaccionaban con estoicismo y resignación frente a un destino trágico. Este salmo nos presenta la esperanza en la misericordia divina como un elemento completamente nuevo.

---

## **Bibliografía**

1. BIBLIA DE JERUSALÉN. Desclee de Brouwer, Bilbao, 1998. 2. BARCELÓ, J. El hombre como juguete de los dioses, 1982. 3. CHARLES MOELLER. Sabiduría griega y paradoja cristiana. Encuentro ediciones, 1989.